

hacen es exclamar: ¡Locuras! ¡Fanatismo! ¿Y se llaman filósofos los que así discurren? ¿Y se dicen ilustrados? ¿Y creen haber leído, comprendido y meditado, por valernos de la espresion de uno de sus maestros? A bien poca costa se les podría demostrar lo contrario. Sé que comprender, meditar, es efectivamente el deber del filósofo, lo que le constituye tal; pero esto lo hacen los frailes ignorantes y estacionarios, los filósofos rancios. Los modernos es otra cosa; han introducido entre los adelantos de la nueva sociedad, uno que no sabrá jamás debidamente apreciarse, uno que hace filósofos sin el estudio, y por medio del cual, sin leer ni meditar se puede comprender, brillar, resplandecer; y este medio, este adelanto puede adquirirse sin las vigiliass y desvelo que antes costaba el título de filósofo, sin los insomnios y soledad de los claustros, donde á fuerza de leer los monjes y los frailes se hacian insociables, melancólicos, tétricos, regañones y todos los demas vicios que traen consigo la estupidez, la ignorancia y aun la malicia, allí en aquella soledad se fraguaban todas las maldades con el estudio, con el trabajo; ahora un filósofo se forma por la posta, y un sabio al vapor, como que las únicas cualidades que para estos títulos se requieren, segun el portentoso descubrimiento de los ilustrados, son hablar de todo, no pensar en nada, no comprender lo que se habla, criticar lo antiguo y ensalzar

hasta las nubes lo moderno, por mas que la experiencia le acuse de incongruente y perjudicial, y como estos medios los tiene cualquier descendiente de Adam, y la ignorancia y la locuacidad son inseparables hermanas, de aquí nace el atrevimiento, y ya tenemos un filósofo á la moda, un sabio sin segundo, un crítico terrible, un político profundo, llenos de ciencia porque saben hablar, declamar, anatematizar, y. . . . Vamos, es mucho siglo el nuestro. . . . Tienen razon nuestros enemigos, *locuras y fanatismo* es lo que respiran los hechos de los manjes y las austeridades de los frailes.

Nuestra ignorancia frailesca no está aún convencida, resíduos del convento nos impulsan á ver la verdad y á no creerla; es mucho lo que pueden en el hombre los hábitos de la infancia, los recuerdos de la cuna; á pesar de la verdad que respiran las razones del párrafo anterior, todavía no queremos, no podemos graduar de *locuras y fanatismo* las penitencias de los primeros monjes, y para defender nuestra frailesca obstinacion, nuestra terquedad, nuestra estupidez, acudimos á la historia, y leyendo sus páginas como los frailes, y comparando como los monjes, y meditando como regulares, deducimos como filósofos antiguos y rancios, apegados á la escuela frailesca, que eran necesarios estos pasmos de penitencia en aquellos siglos corrompidos, que eran útiles entre aquellos tiem-

pos bárbaros, que aquel extraordinario renunciar á la vida y al amor propio en una época de materialismo como la presente heria las imaginaciones, apartaba las almas de la senda extraviada en que estaban engolfadas, y llevaba los hombres á la contemplacion de su último fin, y á vista de aquella eternidad, á presencia de aquel Juez contemplando su fallo irrevocable, esa causa abierta que tenemos los mortales, esa cuenta pendiente que tenemos de saldar las criaturas con nuestro Creador un día, por mas que nos pese, se estremecian los hombres mas desalmados y de peores costumbres, y entrando en razon consigo mismos, mejoraban su conducta, y ved aquí por lo que, y el modo como los monjes influyeron en la sociedad, y cómo esas *cacareadas locuras*, ese estúpido *fanatismo* refluyó en beneficio del mundo. Efectivamente, hiriendo las imaginaciones groseras de pueblos bárbaros, los atraieron, y esa influencia que sobre sus espíritus les dió la admiracion de sus austeridades, fué la palanca que los impulsó al camino de la civilizacion; por otro lado, sus penitencias influian, aunque de distinta manera, sobre los pueblos civilizados; las almas ilustradas de entonces, veian en ellas y admiraban el poder de una religion capaz de obtener el triunfo absoluto del espíritu sobre la materia; y la veneraban como un elemento civilizador, porque veian que al imperio de la voz de aquellos siervos de Dios, todo se de-

ponia, los elementos disolventes de la sociedad amenguaban su furor, y aun sucedió que se vieron postrados ante la caridad cristiana, el desenfreno brutal y la tiranía: la sociedad, pues, marchaba en pos de aquellos solitarios, arrastrada por ellos á la civilizacion; esto hicieron, y en este sentido fueron útiles á la sociedad las *locuras* y el *fanatismo* de las mortificaciones de los monjes, esto es lo que nuestra alma de frailes encuentra en la historia, lo que de ella deduce, lo que en ella comprende; sin embargo de no ser tan entendidos, tan filósofos, tan sabios como lo son nuestros contrarios, modelados en el troquel de esa nueva fundicion de sabios de este siglo de palabrería sin ideas ni conceptos, de estos tiempos felices segun el nuevo método de fraseología, cuyo privilegio de invencion le dariamos de buen grado sin disputárselo, y libremente se lo dejaríamos lucir, y con letras gordas escribiríamos el nombre del autor, seguros que no está lejos el dia en que se aprecie en lo que vale, porque lo bueno y lo malo todo viene á un tiempo en que recibe su justo galardón, porque en pos de las ilusiones viene el desengaño de la realidad, que es el tiempo de la reparacion y de la justicia; así pues, los dejamos enorgullecerse con el magisterio de sus sabios y apóstoles y que hablen con admiracion de sus civilizadores Süe, Luis Blanc, &c., en tanto que no tenemos rubor de confesar, aunque nos

llamen ignorantes, necios y mentecatos, que si un feroz guerrero, sin mas freno que su voluntad, se detiene á la voz de un monje, que no lleva mas armas que su virtud y su palabra, y concede la vida á un desvalido padre de familia, el honor á una afligida doncella, y se pára en medio de sus desórdenes y obra el bien y deja de hacer el mal, bendecimos el nombre del Señor y admiramos el anacoreta, aquel porque escoge segun los tiempos, los medios de su misericordia, y á éste porque con sus austeridades se hizo el instrumento benéfico y digno de Dios.

Procedamos nuestro relato. Era comun á los monjes de virtud mas austera, el empeño con que hemos visto á los santos de mas abstracion negarse á recibir los cargos mas insignes, los puestos mas eminentes, los grados mas elevados del Sacerdocio. S. Epifanio, obispo de Chipre, escribe en estos términos al de Jerusalem, dándole noticia de cómo habia conferido las órdenes á Pauliniano. "En el momento en que se celebraba la misa en la iglesia de una aldea cerca de nuestro monasterio, y en que no esperaba cosa alguna, hicimos que muchos diáconos se apoderaran de su persona, cuidando de taparle la boca para que no nos conjurara en nombre de Cristo. Despues de haberle ordenado diácono le conjuramos en nombre de Dios que cumpliera su ministerio. Se resistia con todo su poder declarándose indigno de

ello: hubo casi necesidad de obligarle por la fuerza, despues de haber empleado mucho tiempo y gran fatiga en persuadirle con testimonios de la Escritura y con los preceptos de Dios. Cuando hubo desempeñado sus funciones de diácono en el santo Sacrificio, hicimos nuevamente que se le tapara la boca y le ordenamos sacerdote con suma dignidad: en seguida, con auxilio de las mismas razones, le hemos obligado á tomar asiento entre los sacerdotes."

Este fervor de servir á Dios por Dios era natural á vocaciones, en las cuales para nada entraban los cálculos egoistas y miserables del siglo, ni las razones de Estado, ni el tumulto de las banderías, ni el proselitismo de escuela, ni los intereses de familia del género de los que poblaron en tiempos posteriores ciertos asilos: no, los monasterios estaban poblados y los desiertos de almas elevadas, hastiadas de un mundo en el que no cabian, y que no podia satisfacer su elevacion, de un mundo cuya molicie repugnaba á su severidad, cuyos vicios se oponian á sus virtudes, y cuya degradacion ofendia su pureza. Estas almas se absorbian en Dios, y solo en él encontraban su centro, comprendian que la penitencia del justo detiene el brazo de la justicia divina, y en alas de su caridad mortificaban su cuerpo inocente, á fin de conseguir su perdon y el de los mundanos, y llegaban tan allá en la senda de las austeridades, que

S. Gerónimo, tan riguroso y austero consigo mismo, tan entregado á los combates de la penitencia, cuya imaginacion oriental se prestaba tan bien al entusiasmo religioso, bosquejaba lleno de admiracion las austeridades de los monjes asiáticos con estas palabras: "He visto, dice, algunos habitar celdas húmedas, entregarse á escesivos ayunos, á lecturas sobrado asíduas. . . . y los he visto caer en hipocondrías ¹.

Esta vida retirada y austera, estos hombres que maceraban su carne y crucificaban sus pasiones por su salvacion y la ajena, estas almas llenas de amor y caridad al prójimo, fueron perseguidas por el mundo que no las conocia, por los hombres que eran el objeto de un amor; y entonces, como ahora, la persecucion se desató en dicterios, y entonces, como ahora, se ridiculizó su traje, y entonces, como ahora, se les llamó holgazanes, hipócritas, perversos, capciosos, embaucadores: ¡singular coincidencia, catorce siglos de interrupcion! cuando ha sonado la hora de la persecucion nada han adelantado. El mismo plan ayer que hoy, las mismas murmuraciones, los mismos dicterios; merced á este plan, á estos dicterios, á estas ácusaciones, á estas calumnias, en Occidente no se les quiso recibir. Y no se diga que suponemos; léanse los versos de Rutilio Numanciano, y no se diferenciarán en na-

¹ S. Gerónimo. Ad Rusticum. ep. 95. Ad Demetriadem ep. 97.

da de ciertas obras de nuestros dias; ayer en Africa, y sobre todo en Cartago ¹, se les injuriaba y apedreaba cuando aparecian por sus calles: hoy, en nuestros dias, lo hemos visto en la católica España; entonces exclamaba el pueblo de Roma: "¿Cuándo espulsaréis de la ciudad esta raza detestable de monjes? ¿Por qué no habiamos de apedrearle? ¿Por qué no echarlos al rio? ² Y en nuestros dias hemos oido exclamar con el mayor furor, con el mas necio delirio: ¡Mueran, muieran los frailes. . . . Abajo los monjes. . . . No mas regulares! . . ." Y hemos visto. . . . ¡Ah! lejos de nosotros narrar lo demas, el pueblo lo sabe y lo llora, la nacion se avergüenza de tan negro borron, y no queremos, no podemos, no debemos continuar porque tememos nos falte la caridad, básteles á nuestros enemigos la vergüenza de su obra, el baldon de su crimen, que si hoy le detestamos, si le lloramos, todavía perdonamos á los criminales, y al llorar la suerte de nuestros hermanos entre el humo del incienso que eleva al trono eterno las preces por el descanso de sus almas, suben las súplicas por el perdon de sus perseguidores, porque el Señor nos ha dicho: perdonad, orad por vuestros enemigos, y la caridad nos preceptúa devolver bien por mal.

¹ Salviano. De Gub. Dei. VIII, 4.

² S. Gerónimo. Ad Paulam. ep. 22.

Nada son los pensamientos del hombre contra los decretos eternos, y así, á pesar de la detraccion, llegó el dia en que el Occidente tuvo monjes y sus comarcas se poblaron de monasterios. Sin embargo, debemos advertir que cuando la vida monástica se introdujo en esta parte del mundo imitando en método al Oriente, y yendo á instruirse de las austeridades de los cenovitas á los lugares mismos en que los antiguos iban á buscar la sabiduría soberbia y misteriosa, hubo menos propension al aislamiento, á la contemplacion, al menosprecio de la sociedad, y se inclinaron mas á la vida comun en las oraciones y en las pláticas piadosas, y se consagraron mas á la discusion y á la actividad que á la mortificacion.

Quién fuera el primero que introdujo en Occidente la vida monástica se ignora, si bien se deja conocer que seria una de esas almas privilegiadas que viven en el mundo con sus ojos siempre fijos en el cielo; una de esas almas llenas de amor y caridad, á quienes no llegan las inmundicias de la sociedad, y que pasan sin contaminarse por entre los miasmas que la infestan, almas sublimes cuya capacidad solo la religion puede llenar, y que aparecen entre las tinieblas del siglo hermosas y resplandecientes como el sol despues de alejar las nubes de la tempestad, meteoros brillantes que ahuyentan las sombras del error y esparcen la luz de la verdad, llevando á todos los espíritus el fue-

go que los ilumina, la caridad que los alimenta por solo el deseo de moralizar las costumbres y ganar almas á Dios. Sin embargo, es la opinion mas seguida que tan santa institucion se debe á S. Atanasio, y que el primer pueblo que tuvo la dicha de poseerlos fué Roma, adonde llegaron hácia el año de trescientos noventa; Milan, Verona y Agulea disputan esta gloria á la reina del capitolio; y yo en este momento me determino á disputarla á las cuatro ciudades, reclamándola á favor de nuestra religiosa España, por mas que los extranjeros, siempre prontos á adornarse con nuestras coronas, y nosotros, arma al brazo, impasibles, se las háyamos dejado tranquilos, haciendo una verdad de aquella célebre sátira con que nos ha calificado algun extranjero escritor de que "somos buenos para conquistar y malos para conservar;" yo repito que quiero que cada uno posea lo que gane y á cada cual se le dé su merecido; yo estoy en este momento por llamarme á la posesion de que nadie primero que nosotros tuvo monjes, y á probar que los admitimos cuando todos los rechazaban, y que jamas los insultamos mientras fuimos españoles, porque hasta que las doctrinas de *allende* nos han quitado nuestros hábitos, nuestras costumbres, y hasta nuestro traje nacional, siempre se miraron los monjes y los frailes con el respeto debido á ministros de Dios y á ministros celosos y dignos en cuanto puede

serlo un simple y mísero mortal; pero en el momento que el virus ponzoñoso de sus doctrinas infestó nuestro suelo y sembró nuestra patria de males, empezó esa guerra á los institutos monásticos que los ha eliminado de nuestro suelo, mas no tan completamente, que tan hermosa planta no vuelva á retoñecer, puesto que el pueblo en general lamenta su pérdida, llora su falta y ansía su reaparicion como el que echa menos todo el bien que con ellos le arrebataron; pero dejando esto para su respectivo lugar, y suplicando indulgencia por esta digresion, vamos á la prueba de lo ofrecido y á demostrar, que antes del año 390 con mucho, habia monjes en nuestra patria.

Tenemos un monumento glorioso en literatura que prueba la civilizacion de nuestra patria, cuya autenticidad nadie nos ha disputado, y cuya posesion todos nos han concedido, aunque no pocos envidiándonos su gloria; este documento es el célebre concilio Iliberritano, honor y gloria eterna de nuestra patria y de su sabio, celoso y prudente clero; pues bien, este concilio se celebró, segun unos, el doscientos cincuenta y seis ó cincuenta y siete, poco antes de S. Cipriano y de la persecucion de Decio; segun otros el trescientos; otros opinan que el trescientos seis; otros que el trescientos veinticuatro; y por último, se alargan otros al trescientos treinta. Bien pudiéramos sostener, y sin mucho trabajo, la primera fecha

que, con menos razones que las que alegáramos, defenderian los extranjeros algunas glorias que quieren usurpar; pero como no sea enteramente necesario á nuestro asunto, y estamos ademas en la persuasion que los talentos sanos y que no estén debilitados, en cuanto lean sus cánones lo han de creer así, lo dejamos á un lado y no entramos de lleno en este debate, que no es mas que un episodio de nuestra obra, que á la verdad no nos hace mucha falta para nuestro objeto; por lo cual en tan divididas opiniones, en tan distantes fechas, en donde median, desde la primera hasta la última, setenta y cuatro años, ni aun nos valdremos de aquella regla tan recomendada y admitida, por medio de la cual debiamos abrazar el justo medio, sino que todo lo cederemos á los extranjeros y partiremos del supuesto que se celebró en trescientos treinta, si bien les advertiremos que esta concesion no tiene mas valor que en la cuestion presente, que es como si hablando frailescamente dijéramos *dado y no concedido* que sea el trescientos treinta, tendremos que en España por esta época, ó lo que es lo mismo, sesenta años antes que en Roma, ya habia monjes. ¿Y saben nuestros lectores por qué? Porque en este concilio, cánón trece, se hace mencion de las vírgenes consagradas á Dios; y si esto no vale ahí tenemos el concilio de Zaragoza de trescientos ochenta y uno, cuyo cánón sexto ordena: "Que se separen de la

Iglesia á los clérigos que por vanidad dejan su ministerio y se hacen monjes, marcando el octavo la edad que deben tener las vírgenes para recibir el velo y consagrarse á Jesucristo, que es la de cuarenta años."

Ya ven nuestros lectores que antes del año trescientos noventa habia monjes y monjas en España, y que no los habia así como quiera, pues debian ser numerosos y dignos de alguna consideracion, cuando los concilios se ocupaban de ellos y establecian cánones, marcándoles castigos y dictándoles reformas, cánones que nada menos tratan que de su profesion, y tendrian ya partido y estarian bien vistos y admitidos del pueblo cuando los clérigos dejaban sus prebendas por los claustros, y serian austeros cuando se les admiraba y deseaba buscar en su compañía la perfeccion sacerdotal, y esto no sucede sino cuando la verdad triunfa del error. Pero si aun lo dicho no es bastante, nos queda de reserva la famosa decretal del papa Siricio, sucesor de S. Dámaso, espedita el 11 de Febrero de 385, en cuya regla sesta nos habla de los religiosos y religiosas españoles, y nos habla de ellos ya como sujetos á votos, y votos solemnes, visto que dicta castigos y penas canónicas á los transgresores.

Tenemos, pues, y es fuera de toda duda, aunque pese á nuestros enemigos, que fuimos el primer pueblo que tuvo monjes y monjas en Occi-

dente, y decimos, aunque les pese, porque estamos seguros que de todo corazon quisieran mejor que fuera el pais del libre comercio de los falansterios, ó de los clubs, que el de los conventos; pero ello es que no salen las cosas siempre como las deseamos, y que nosotros hemos revelado una verdad de que no nos arrepentimos y de que nos gloriamos; y ya lo hemos escrito, y cómo ha de ser, aunque la Europa diga ¡cosas de España! ¡Allí habia de ser! tendremos paciencia, que al fin por esta vez tendrán razon; así como así no es lo mas corriente, y al fin, entre tantas acusaciones injustas, venga ésta que al menos es merecida, pero gloriosa, y dia llegará que les demostremos que de los monasterios de España ha salido el elemento mas poderoso de civilizacion para el mundo, y que estos conventos han producido hombres eminentes en ciencias y artes, hombres llenos de fé y de caridad que han traído á la religion y á la sociedad bienes infinitos, hombres altamente humanitarios que han conducido á la civilizacion millares de salvajes que, sin temor de ningun género, cuando Colon lanzó nuestras carabelas al mar y azotó con sus remos aguas no conocidas, nunca visitadas, se lanzaron al Océano y allá llevaron la cruz del Redentor, allí su Evangelio, allí la moralidad, allí leyes, allí industria, allí artes, comercio, ciencias, agricultura; todo, en fin, lo que contribuye á suavizar las costumbres y moralizar los